

Alessandri y una lección muy actual

Por Jaime Guzmán

1986 quedará asociado en nuestra historia a la partida del más eximio hombre público del siglo: don Jorge Alessandri.



Es por ello que en este último domingo del año, a modo de tributo a su legado político, quisiera destacar el aserto -lleno además de actualidad y sentido de futuro- que don Jorge formuló en una de sus últimas intervenciones públicas, al sostener que el verdadero objetivo de los partidos no debe ser alcanzar el poder, sino servir al país.

Tradicionalmente se ha planteado que la finalidad de los partidos consiste en conquistar el poder, para plasmar, desde allí, sus concepciones sobre cómo tender al bien común.

En apariencia, ello podría entenderse como otra forma de plantear lo mismo que Alessandri. Pero entre ambas formulaciones media una diferencia de enormes efectos prácticos para todo el quehacer cívico.

Postular que el fin de una colectividad política es alcanzar el poder, aunque ello se subentienda legitimado por objetivos de bien público, conduce a que la conquista del poder se convierta -en la práctica- en el propósito supremo de sus acciones, a lo cual todo se subordina.

Surge así algo que en Chile hemos conocido y sufrido hasta el extremo. Las oposiciones a los diversos gobiernos buscan el fracaso de éstos y hasta se solazan cuando en algún grado lo consiguen.

Detrás de ello subyace el convencimiento de que el fracaso del gobierno de

turno constituye el medio necesario para que el partido que no forma parte de él consiga su objetivo -supuestamente lícito- de conseguir el poder.

Todo cambia si se asume que el verdadero objetivo de los partidos (y de toda acción cívica) es servir al país, ya sea ejerciendo el gobierno, o bien influyendo sobre éste o, en fin, desde una línea opositora, pero caracterizada por la sugerencia de soluciones serias y constructivas a los problemas que se detectan o las fallas que se denuncian.

Desde tal prisma, siempre se colabora al éxito de los gobiernos y jamás a su fracaso. Más aún, se comprende que ello resulta inherente y esencial al auténtico patriotismo.

Como deber correlativo, los gobiernos han de estimular tal conducta, evitando los estilos descalificatorios de sus opositores y toda otra actitud que desaliente el espíritu de colaboración hacia su tarea.

Cierto es que tales conceptos carecen de sentido y viabilidad en la relación con los sectores totalitarios, cuya escala de valores esencialmente antagónica a la de nuestro ser nacional impide cualquier entendimiento de fondo con ellos.

Pero para los sectores democráticos, pienso que la renovación de los estilos políticos, conforme a los criterios señalados, representa el único vehículo posible para el avance y afianzamiento en Chile de una futura democracia eficiente y estable.